

Simone de Beauvoir en USA

Por MANUEL ROJAS

LA ESCUELA DE LEYES de la Universidad de Chile de Valparaíso inicia un ciclo cultural de charlas y me concede el honor de ser el que las inaugure. Embarco en Mapocho, en el expreso que debe partir a las once y cuarenta y cinco y que lo hace a las doce y dos. El vagón está lleno de moscas y la gente se pregunta si es numerado o no. Hay números encima de los asientos, pero en el exterior no había nada que indicara su calidad. Mi boleto tiene un número de asiento y he pagado por él, en la oficina de Alameda, tres escudos y cuarenta y cinco centésimos.

Me quedo tranquilo en tanto la gente entra y sale y sube y baja maletas. Una pareja saca ya un pollo y empieza a comer. Recuerdo a Joaquín Díaz Garcés: "A mí, en cuanto subo al tren me entra un acabamiento de estómago", dice uno de sus personajes. Procupro leer el libro que llevo, "Norteamérica al Desnudo", de Simone de Beauvoir, pero no puedo: me inquieta la gente que me rodea y su inseguridad de estar en el sitio que le corresponde. ¿Estaré en el mío? Se van algunos y busco el lugar que indica mi boleto y me siento. Apenas lo hago viene un centavo y me saca volando. Me muestra un trocito de papel y me dice: "Hay que tener este papellito para sentarse aquí." ¿Cuánto ha pagado usted?, pregunto a la poseedora del papellito. Tres escudos y cuarenta y cinco centésimos, me informa. Es lo mismo que yo he pagado. Cortésmente, y dedicando un amable recuerdo al jovencito que me vendió el boleto, dejo el asiento, tomo mi maletín y me voy a otro coche. "Otra vez juntos", me dice una señora a cuyo lado me senté al llegar al coche anterior. Está comiendo, a trocitos, una manzana. Lleva una maleta con la que no puede y que tuvo que subir y bajar de la repisa del otro coche. La maleta está ahí, en el pasillo, pero me desentiendo y abro el libro. El tren parte. Al llegar más allá de Yungay, dejo de leer y miro las poblaciones callampas: están ahí desde hace muchos años, desmintiendo todas las promesas y afirmaciones de los gobernantes. Viene des-

pues el campo y leo. Volveré a mirar más allá de Tiltill. Simone de Beauvoir visitó Estados Unidos en 1947, dieciocho años atrás, y la lectura de su libro, aparte de lo que dice sobre el país y su gente, le muestra a uno los cambios económicos, la inflación, más bien dicho, que también sufre el país del dólar: en el año citado, según la escritora francesa, un asiento de cine en Broadway costaba cincuenta centavos. Diez años más tarde, cuando visité Nueva York por primera vez, ninguno de esos asientos costaba menos de dos dólares. En aquel año, la gente apostaba centavos; en 1964 la moneda mínima era el níquel, cinco centavos. ¿Qué busca Simone de Beauvoir en Estados Unidos? Lo auténtico, condición que rara vez se encuentra. Todo parece estar falsificado: "En cuanto a las boutiques democráticas, maravillas, en primer lugar, por su abundancia y su variedad; pero si las camisas de hombre son hermosas, las corbatas son dudosas, las chaquetas y las faldas de las mujeres francamente feas, y en esa profusión de vestidos, blusas, faldas, tapados, una francesa apenas si podría hacer una elección que no chocara a su gusto. Y después uno advierte pronto que bajo los papeles multicolores que los envuelven, todos los chocolates tienen el mismo gusto de caahuete, todos los *best-sellers* cuentan la misma historia. ¿Y por qué elegir un dentífrico y no otro? Hay en esa profusión inútil un resabio de engaño. Hay mil posibilidades

De "Los Diez"...

(Viene de la pág. 5)

democrática del Mandatario y la posición que tomé en la Cámara de Diputados. A veces es bueno hacer estos recuerdos hasta el silencio.

Hablamos de varias cosas. Cartas de Gabriela Mistral, de don Francisco Encina, al que lo une una larga amistad.

"No sé. El azar le hace a uno tantas jugarretas. ¿Sabe usted que pude no haber estado nunca en Chile y no haber tenido ocasión de conversar?... Pues, cuando mi padre se recibió de médico fue inmediatamente a Europa a estudiar "cirugía de guerra". Eran muy pobres y mi madre le hacía la comida. Viajaban en tercera, y un día yendo de Budapest de regreso a Alemania, mientras yo, que tenía un año, dormía en la rejilla que

llevan todos los vagones para el equipaje, se hizo el trastorno que correspondía y yo quedé en el vagón que seguía a Polonia. Ya partía el convoy cuando mi madre subió a buscarme y se bajó conmigo en los brazos y el tren andando. Cuando vivíamos en Constitución mi padre le contaba esta historia a medio mundo y creo que hasta me pusieron un sobrenombre por mi aventura. Recuerdo que quien más lo celebraba era un médico boliviano muy amigo de mi padre, el doctor Romecín, que fue candidato a la presidencia de su patria. Lo recuerdo porque era un hombre muy cariñoso, alto, rubio, con su pequeña barbilla y sus ojos azules. Tenía un humor fantástico y fue gran amigo de mi padre. Siempre he recordado a la gente alegre y cariñosa.

"Hasta siempre —me dice.
—Hasta siempre —le contesto.

abiertas; pero todas son la misma. Mil elecciones permitidas, pero todas equivalentes. De ese modo el ciudadano norteamericano podrá consumir su libertad en el interior de la vida que le es impuesta sin advertir que esa vida misma no es libre."

De seguro, Carlos León, el autor de "Suelto Vital", "Las Viejas Amistades" y "Sobrino Único", me esperará en el Puerto. Hace años que no lo veo. La última vez, a González Vera y a mí nos llevó a comer a su casa, en Playa Ancha, y pasamos una tarde muy agradable. Después, leyendo una novela que se presentó al concurso literario de CRAV, recordé su casa: en esa novela aparecía una muy parecida, aunque los personajes no tenían nada que ver con los de la de León. Leí también un libro suyo, el segundo de los citados recién. Me pareció un escritor sin pretensiones de ninguna especie. Su prosa era una prosa sencillísima, como de costumbrista, y sus personajes carecían de pomposidad; eran como su prosa, naturales, sin grandes divagaciones ni reovecos. El es así también y los trata como sus iguales. Sólo se oye hablar de él cuando publica un libro; jamás se mete en discusiones ni pretende obtener premios. Escribe porque escribir es para él una necesidad de su corazón, casi más que de su mente. Y parece hacer lo posible por hablar bien de todos. Su personalidad me recuerda la de Sepúlveda Leyton y la de González Bastías, hombres que dieron lo que pudieron, sin pedir nada en devolución.

Aparecen unas garzas. ¿Cuántas veces he hecho este camino? Conozco cada accidente, cada potrero, cada cerro, cada aguada, hasta cada tiuque y cada queltehue y, lo que es peor, los recuerdo; si faltara alguno, lo notaría. Se dice que es peligroso ir a Harlem si uno es blanco y me detuvo un negro borracho pidiéndome algo; le dije que no sabía hablar inglés y me dejó tranquilo, como si el hecho de no hablar inglés me impidiera darle una moneda. Salí ganando. A Simone de Beauvoir le dijeron lo mismo, no vaya, y alguien le explicó: "No hay nada que ver en Harlem; es un rincón de Nueva York donde la gente tiene la piel negra." Pero fue, y fue sola y no le pasó nada: "Caminé por las grandes avenidas y por los callejones; cuando me sentía fatigada, me sentaba en una plaza. La verdad es que nada podía sucederme. Y si mi seguridad no era del todo serena, era por ese miedo que anida en el corazón de la gente cuya piel tiene el mismo color que la mía. Que un burgués demasiado rico tenga miedo de aventurarse en los barrios donde hay hambre es natural; pasea por un universo que rechaza el suyo y que un día triunfará. Pero Harlem es una sociedad completa, con sus burgueses y sus proletarios, sus ricos y sus pobres que no están ligados en una acción revolucionaria, que desean integrarse en Norteamérica y no destruirla. Esos negros no van a arrojarse sobre Wall Street, no constituyen ninguna amenaza inmediata. El miedo irracional que inspiran no puede ser sino el reverso de un odio y de una especie de remordimiento. Clavado en el corazón de Nueva York, Harlem pesa sobre la buena conciencia de los blancos como el pecado original sobre la de los cristianos. Entre los hombres de su raza, el norteamericano acaricia un sueño de buen humor, de bonanza, de amistad, y pone sus virtudes en práctica; pero ellas deben morir en los límites de Harlem."

Leo y miro. Aparece el río Aconcagua, el mismo río de siempre. Lo he descrito en una de mis novelas y, como en el caso del campo, creo conocer todos sus movimientos, sus meandros, sus curvas, suaves o



SIMONE DE BEAUVOIR

violentas, de donde sale como moviendo los leves hombros para recuperar su equilibrio o de donde surge extendiéndose, ampliándose, perdiendo fondo y velocidad. Cuando llegué a Chile, en 1912, en mi segundo viaje, me sirvió como de guía; después me ha servido como de compañero. De pronto se aleja y de pronto se acerca, casi alcanza la línea del tren o se va hacia unos álamos que hay en la otra orilla. Finalmente desaparece. No dice nada, no pide nada. Es un ser auténtico y le basta con ser. Da todo y no pide nada. No amenaza a nadie. Un rato después, cuando ya Simone de Beauvoir empieza a viajar hacia el oeste de Estados Unidos, vienen Limache, Peña Blanca, Quilpué, y a las tres de la tarde el tren llega al Puerto. Ahí está Carlos León, delgado, moreno, el rostro tallado por algo.

—¿Qué le pasa? ¿Ha estado enfermo?

—Sí, una operación al páncreas. Mucho comer... Y ahora no como nada, sopitas, galletas de agua.

Con nostalgia, recuerda a Rubén Azócar. Venía a visitarlo y los dos iban al mercado, compraban todo lo que encontraban y se dedicaban a comer. De pronto me dice: —Muchas gracias por haberme puesto en su historia literaria.

Me sorprende el agradecimiento. Que este hombre me diga eso me indica la importancia que puede tener para otros el ser dejado de lado... Creo que si alguien escribiera una historia de la literatura chilena, una nueva historia, y no figurara yo en ella, me daría lo mismo. He escrito unos libros y no es la presencia o la ausencia mía en una historia extensa o breve de la literatura lo que les dará valor. Valdrán por sí mismos o no valdrán nada. Vagamos por aquí y por allá, tomamos té en el infaltable Riquet y a las siete de la tarde, en la sala de actos de la Universidad

de Chile, hago frente a una platea llena de gente. No tengo nada preparado, sólo en el último momento fijé unos motivos. Digo que es la primera vez que he venido a Valparaíso para dar una charla. He venido como vagabundo, como trabajador de puerto, como apuntador de una compañía teatral, como Ciudadano Ilustre de Valparaíso, he estado allí preso, me he enfermado, pasado hambre y siempre, interiormente, he sido el mismo, el mismo que ahora, ya viejo, habla en la Universidad. He buscado algunas esencias de Chile, en eso he ocupado mi vida, quizás las he encontrado, tal vez se me han escapado, nunca lo sabré, pero ésa es la labor del escritor, aparte de las historias y de las antologías. Al final, ofrezco la palabra. Me hacen algunas preguntas que ya me han hecho y otras que no me han sido hechas; por ejemplo, ¿por qué ataco a los escritores que no he puesto en la Historia Breve de la Literatura Chilena?, que da más que hablar que si fuera una extensa. Digo que no los ataco; simplemente, no los nombro, sin que el hecho de no nombrarlos signifique que no tengan algún valor. (Me dirán después que quien preguntó eso es un escritor que, precisamente, no aparece en el libro aquel.) Un español alaba a Alone diciendo que fue el único escritor hispanoamericano que fue a Madrid a protestar por la detención de unos y la prisión de otros. Un señor pregunta por qué todos mis personajes son seres fuera de la ley. Contesto que son mi debilidad, que los que están dentro de la ley y defendidos por ella no me interesan tanto. Por fin, a las ocho, termino.

Vamos a comer más allá del Puerto con Alex Varela, hombre del año 20, Premio Nacional de Periodismo. El comedor está casi sobre las olas y desde una ventana veo salir, en medio de las sombras, un pesquero. Buena suerte.